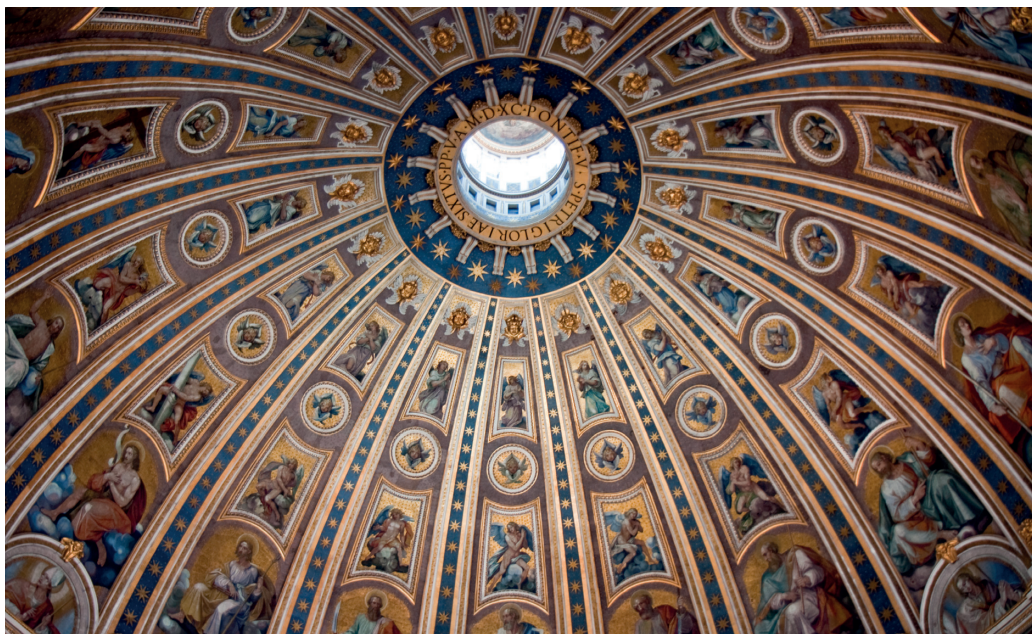
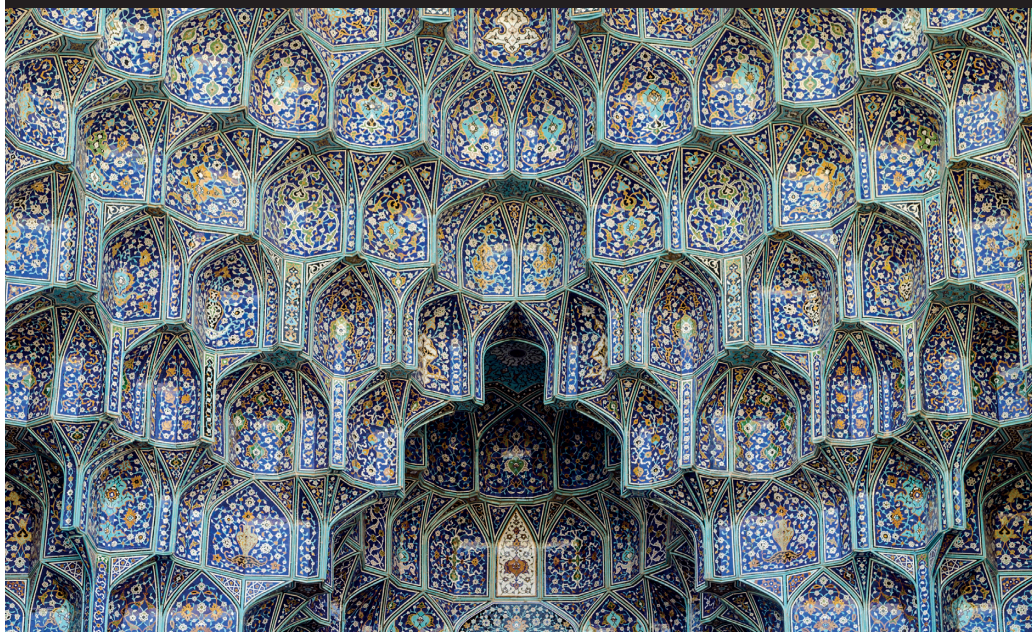




EL CHOQUE DE CIVILIZACIONES

y la reconfiguración del orden mundial

SAMUEL P. HUNTINGTON



Samuel P. Huntington

El choque de civilizaciones

y la reconfiguración
del orden mundial



PAIDÓS

Barcelona • Buenos Aires • México

Título original: *The clash of civilizations and the remaking of world order*
Publicado en inglés por Simon & Schuster, Nueva York

Traducción de José Pedro Tosaus Abadia

Revisión técnica de Rafael Grasa

Cubierta de Víctor Viano

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos.

© 1996 Samuel P. Huntington
© 1997 de todas las ediciones en castellano
Ediciones Paidós Ibérica, S.A.,
Av. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona
www.paidos.com

ISBN: 978-84-493-0366-1

Depósito legal: B-23.692-2008

Composición: Manuel Rodríguez
Impreso en Book Print
Botànica, 176-178 - 08908 L'Hospitalet de Llobregat (Barcelona)

Impreso en España - *Printed in Spain*

SUMARIO

Prefacio	13
----------------	----

Primera parte

UN MUNDO DE CIVILIZACIONES

1. La nueva era en la política mundial	19
Banderas e identidad cultural	19
Un mundo multipolar y multicivilizacional	21
¿Otros mundos?	30
Comparando mundos: realismo, parsimonia y predicciones.	38
2. Las civilizaciones en la historia y en la actualidad	45
La naturaleza de las civilizaciones	45
Relaciones entre civilizaciones	54
3. ¿Una civilización universal? Modernización y occidentalización .	65
Civilización universal: significados	65
Civilización universal: fuentes	76
Occidente y modernización	79
Reacciones ante Occidente y la modernización	84

Segunda parte

EL CAMBIANTE EQUILIBRIO DE LAS CIVILIZACIONES

4. El crepúsculo de Occidente: poder, cultura e indigenización. ...	95
Poder occidental: dominación y decadencia	95
Indigenización: el resurgimiento de culturas no occidentales. ...	108
<i>La revancha de Dios</i>	112
5. Economía, demografía y civilizaciones rivales	121
La afirmación asiática	122
El Resurgimiento islámico	129
Desafíos cambiantes	143

Tercera parte

EL ORDEN EMERGENTE DE LAS CIVILIZACIONES

6.	La reconfiguración cultural de la política global	147
	Buscando agrupamientos a tientas: la política de identidad	147
	Cultura y cooperación económica	153
	La estructura de las civilizaciones	159
	Países desgarrados: el fracaso del cambio de civilización	164
7.	Estados centrales, círculos concéntricos y orden civilizatorio	185
	Civilizaciones y orden	185
	Delimitando Occidente.	187
	Rusia y su «extranjero próximo»	195
	La Gran China y su esfera de prosperidad compartida.	200
	Islam: conciencia sin cohesión	208

Cuarta parte

CHOQUES DE CIVILIZACIONES

8.	Occidente y el resto del mundo: cuestiones intercivilizatorias . . .	217
	Universalismo occidental	217
	Proliferación armamentística	220
	Derechos humanos y democracia.	228
	Inmigración	235
9.	La política global de las civilizaciones	247
	Estado central y conflictos de línea de fractura	247
	El islam y Occidente.	249
	Asia, China y Norteamérica	260
	Civilizaciones y Estados centrales: alineamientos emergentes . . .	285
10.	De las guerras de transición a las guerras de línea de fractura . . .	295
	Guerras de transición: Afganistán y el Golfo.	295
	Características de las guerras de línea de fractura	302
	Repercusión: las sangrientas fronteras del islam	305
	Causas: historia, demografía, política.	310
11.	El dinamismo de las guerras de línea de fractura	319
	Identidad: el auge de la conciencia de civilización	319
	A la búsqueda de solidaridad civilizatoria: países y diásporas emparentados	326
	Parar las guerras de línea de fractura	349

Quinta parte
EL FUTURO DE LAS CIVILIZACIONES

12. Occidente, las civilizaciones y la civilización	361
¿Renovación de Occidente?	361
Occidente en el mundo.	369
Orden y guerra de civilizaciones	374
Los atributos comunes de la civilización	381
Notas	387
Lista de tablas	425
Lista de figuras.	427
Lista de mapas.	429
Créditos de las ilustraciones	431

Capítulo 1

LA NUEVA ERA EN LA POLÍTICA MUNDIAL

BANDERAS E IDENTIDAD CULTURAL

El 3 de enero de 1992 tuvo lugar una reunión de especialistas rusos y estadounidenses en el salón de actos de un edificio oficial de Moscú. Dos semanas antes la Unión Soviética había dejado de existir y la Federación Rusa se había convertido en país independiente. Como consecuencia de ello, la estatua de Lenin que antes decoraba el escenario del salón había desaparecido, y en su lugar se podía ver ahora la bandera de la Federación Rusa desplegada sobre la pared delantera. El único problema, comentó un estadounidense, era que habían colgado la bandera al revés. Después de que se les hizo notar este detalle, los anfitriones rusos enmendaron el error de forma rápida y silenciosa durante el primer descanso.

Los años que siguieron a la guerra fría fueron testigos del alborar de cambios espectaculares en las identidades de los pueblos, y en los símbolos de dichas identidades. Consiguientemente, la política global empezó a reconfigurarse en torno a lineamientos culturales. Las banderas al revés eran un signo de la transición, pero, cada vez más, ondean altas y al derecho, y tanto los rusos como otros pueblos se movilizan y caminan resueltamente tras éstos y otros símbolos de sus nuevas identidades culturales.

El 18 de abril de 1994, en Sarajevo, 2.000 personas se manifestaron agitando las banderas de Arabia Saudí y Turquía. Al hacer ondear esas enseñas, en lugar de las banderas de la ONU, la OTAN o de los Estados Unidos, estos ciudadanos de Sarajevo se identificaban con sus correligionarios musulmanes y decían al mundo quiénes eran sus auténticos amigos y quiénes no lo eran tanto.

El 16 de octubre de 1994, en Los Ángeles, 70.000 personas desfilaron bajo «un mar de banderas mexicanas» protestando contra la proposición 187, un proyecto de ley sometido a referéndum que negaba muchas prestaciones estatales a los inmigrantes ilegales y a sus hijos. ¿Por qué «van por la calle con banderas mexicanas y exigiendo que este país les dé una educación gratuita?», preguntaban los observadores. «Deberían hacer ondear la bandera estadounidense.» Dos semanas después, otros manifestantes desfilaban por las calles llevando una bandera estadounidense... al revés. Estos despliegues de banderas aseguraron la victoria a

la proposición 187, que fue aprobada por el 59 % de los votantes californianos.

En el mundo de la posguerra fría, las banderas son importantes, y también otros símbolos de identidad cultural, entre ellos las cruces, las medias lunas, e incluso los modos de cubrirse la cabeza, porque la cultura tiene importancia, y la identidad cultural es lo que resulta más significativo para la mayoría de la gente. Las personas están descubriendo identidades nuevas, pero a menudo también viejas, y caminan resueltamente bajo banderas nuevas, pero con frecuencia también viejas, que conducen a guerras con enemigos nuevos, pero a menudo también viejos.

El demagogo nacionalista veneciano que aparece en la novela de Michael Dibdin, *Dead Lagoon*, expresaba bien una severa *Weltanschauung* de esta nueva era: «No puede haber verdaderos amigos sin verdaderos enemigos. A menos que odiemos lo que no somos, no podemos amar lo que somos. Éstas son las viejas verdades que vamos descubriendo de nuevo dolorosamente tras más de un siglo de hipocresía sentimental. ¡Quienes las niegan niegan a su familia, su herencia, su cultura, su patrimonio y a sí mismos! No se les perdonará fácilmente». La funesta verdad de estas viejas verdades no puede ser ignorada por hombres de Estado e investigadores. Para los pueblos que buscan su identidad y reinventan la etnicidad, los enemigos son esenciales, y las enemistades potencialmente más peligrosas se darán a lo largo de las líneas de fractura existentes entre las principales civilizaciones del mundo.

El tema central de este libro es el hecho de que la cultura y las identidades culturales, que en su nivel más amplio son identidades civilizacionales, están configurando las pautas de cohesión, desintegración y conflicto en el mundo de la posguerra fría. Las cinco partes de este libro exponen detalladamente corolarios de esta proposición principal.

Primera parte: por primera vez en la historia, la política global es a la vez multipolar y multicivilizacional; la modernización económica y social no está produciendo ni una civilización universal en sentido significativo, ni la occidentalización de las sociedades no occidentales.

Segunda parte: el equilibrio de poder entre civilizaciones está cambiando; Occidente va perdiendo influencia relativa, las civilizaciones asiáticas están aumentando su fuerza económica, militar y política, el islam experimenta una explosión demográfica de consecuencias desestabilizadoras para los países musulmanes y sus vecinos, y las civilizaciones no occidentales reafirman por lo general el valor de sus propias culturas.

Tercera parte: está surgiendo un orden mundial basado en la civilización; las sociedades que comparten afinidades culturales cooperan entre sí; los esfuerzos por hacer pasar sociedades de una civilización a otra resultan

infructuosos; y los países se agrupan en torno a los Estados dirigentes o centrales de sus civilizaciones.

Cuarta parte: las pretensiones universalistas de Occidente le hacen entrar cada vez más en conflicto con otras civilizaciones, de forma más grave con el islam y China, mientras que, en el plano local, las guerras en las líneas de fractura, sobre todo entre musulmanes y no musulmanes, generan «la solidaridad de los países afines», la amenaza de escalada y, por tanto, los esfuerzos por parte de los Estados centrales para detener dichas guerras.

Quinta parte: la supervivencia de Occidente depende de que los estadounidenses reafirmen su identidad occidental y los occidentales acepten su civilización como única y no universal, así como de que se unan para renovarla y preservarla frente a los ataques procedentes de sociedades no occidentales. Evitar una guerra mundial entre civilizaciones depende de que los líderes mundiales acepten la naturaleza de la política global, con raíces en múltiples civilizaciones, y cooperen para su mantenimiento.

UN MUNDO MULTIPOLAR Y MULTICIVILIZACIONAL

En el mundo de la posguerra fría, por primera vez en la historia, la política global se ha vuelto multipolar y multicivilizacional. Durante la mayor parte de la existencia de la humanidad, los contactos entre civilizaciones fueron intermitentes o inexistentes. Después, con el comienzo de la era moderna, hacia el año 1500 d.C., la política global adoptó dos dimensiones. Durante más de cuatrocientos años, los Estados-nación de Occidente —Gran Bretaña, Francia, España, Austria, Prusia, Alemania y los Estados Unidos, entre otros— constituyeron un sistema internacional multipolar dentro de la civilización occidental, e interactuaron, compitieron y se hicieron la guerra unos a otros. Al mismo tiempo, las naciones occidentales también se expandieron, conquistando, colonizando o influyendo de forma decisiva en todas las demás civilizaciones (mapa 1.1). Durante la guerra fría, la política global se convirtió en bipolar, y el mundo quedó dividido en tres partes. Un grupo de sociedades, en su mayor parte opulentas y democráticas, encabezado por los Estados Unidos, se enzarzó en una rivalidad ideológica, política, económica y, a veces, militar generalizada con un grupo de sociedades comunistas más pobres, asociadas a la Unión Soviética y encabezadas por ella. Gran parte de este conflicto tuvo lugar fuera de estos dos campos, en el Tercer Mundo, formado por lo general por países pobres, carentes de estabilidad política, recién independizados y que se declaraban no alineados (mapa 1.2).

A finales de la década de 1980, el mundo comunista se desplomó y el sistema internacional de la guerra fría pasó a ser historia. En el mundo de la posguerra fría, las distinciones más importantes entre los pueblos no

son ideológicas, políticas ni económicas; son culturales. Personas y naciones están intentando responder a la pregunta más básica que los seres humanos pueden afrontar: ¿quiénes somos? Y la están respondiendo en la forma tradicional en que los seres humanos la han contestado, haciendo referencia a las cosas más importantes para ellos. La gente se define desde el punto de vista de la genealogía, la religión, la lengua, la historia, los valores, costumbres e instituciones. Se identifican con grupos culturales: tribus, grupos étnicos, comunidades religiosas, naciones y, en el nivel más alto, civilizaciones. La gente usa la política no sólo para promover sus intereses, sino también para definir su identidad. Sabemos quiénes somos sólo cuando sabemos quiénes no somos, y con frecuencia sólo cuando sabemos contra quiénes estamos.

Los Estados-nación siguen siendo los actores principales en los asuntos mundiales. Su conducta está determinada, como en el pasado, por la búsqueda de poder y riqueza, pero también por preferencias, coincidencias y diferencias culturales. Los agrupamientos más importantes de Estados ya no son los tres bloques de la guerra fría, sino más bien las siete u ocho civilizaciones principales del mundo (mapa 1.3). Las sociedades no occidentales, particularmente en el este de Asia, están desarrollando su riqueza económica y sentando las bases de un poderío militar y una influencia política mayores. A medida que su poder y confianza en sí mismas aumentan, las sociedades no occidentales van afirmando cada vez más sus propios valores culturales y rechazan los que les «impone» Occidente. El «sistema internacional del siglo *xxi* —ha señalado Henry Kissinger— incluirá al menos seis grandes potencias —los Estados Unidos, Europa, China, Japón, Rusia y, probablemente, la India— así como multitud de países de tamaño medio y más pequeños».¹ Las seis grandes potencias de Kissinger pertenecen a cinco civilizaciones diferentes, y además hay importantes Estados islámicos cuya posición estratégica, gran número de habitantes y/o recursos petrolíferos les convierten en influyentes en los asuntos mundiales. En este nuevo mundo, la política local es la política de la etnicidad; la política global es la política de las civilizaciones. La rivalidad de las superpotencias queda sustituida por el choque de las civilizaciones.

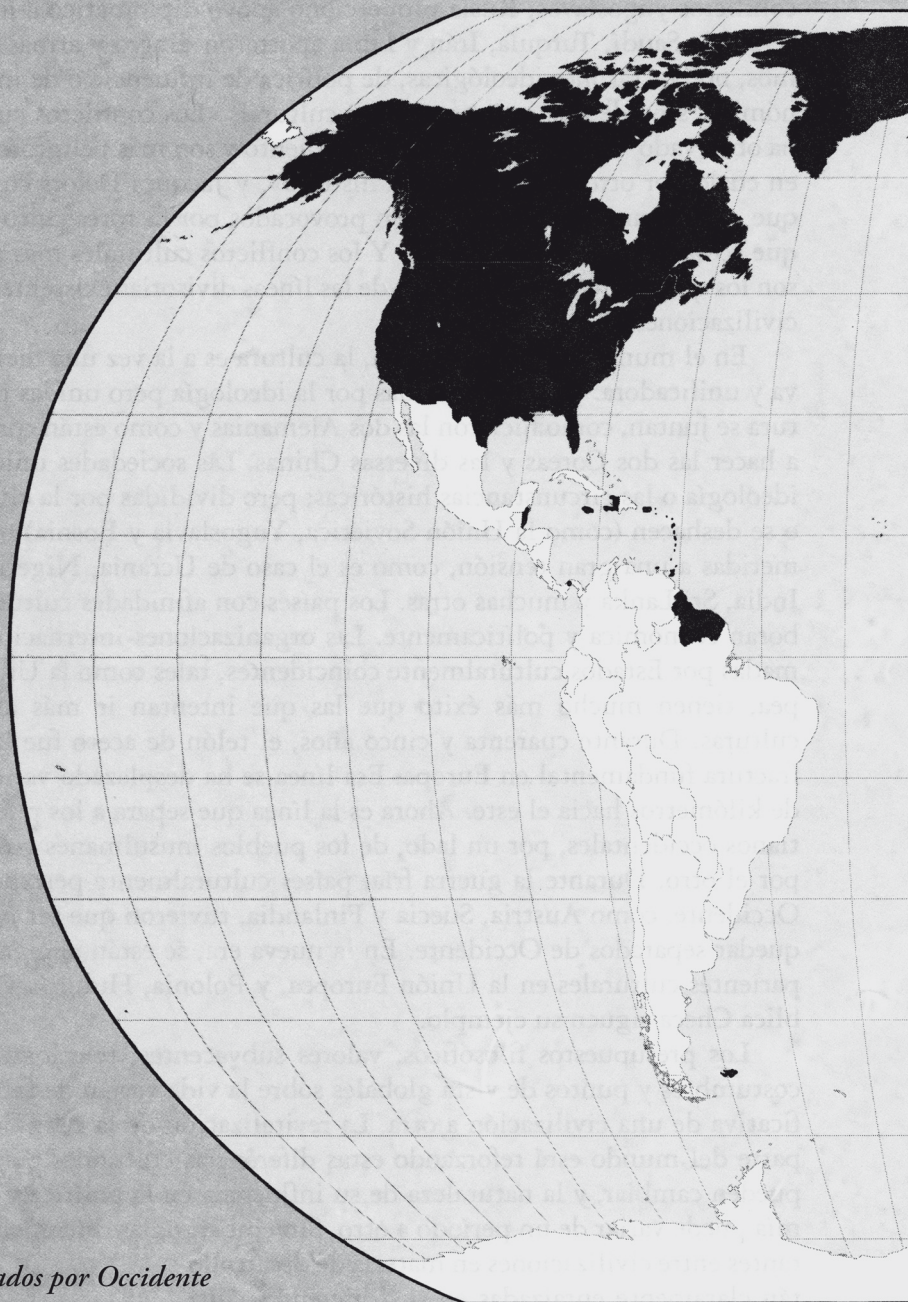
En este nuevo mundo, los conflictos más generalizados, importantes y peligrosos no serán los que se produzcan entre clases sociales, ricos y pobres u otros grupos definidos por criterios económicos, sino los que afecten a pueblos pertenecientes a diferentes entidades culturales. Dentro de las civilizaciones tendrán lugar guerras tribales y conflictos étnicos. Sin embargo, la violencia entre Estados y grupos procedentes de civilizaciones diferentes puede aumentar e intensificarse cuando otros Estados y grupos pertenecientes a esas mismas civilizaciones acudan en apoyo de sus «países afines».² El sangriento choque entre clanes en Somalia no supone ninguna

amenaza de conflicto más amplio. El sangriento choque entre tribus en Ruanda tiene consecuencias para Uganda, Zaire y Burundi, pero no mucho más. Los choques sangrientos entre civilizaciones en Bosnia, el Cáucaso, Asia Central o Cachemira se podrían convertir en grandes guerras. En los conflictos yugoslavos, Rusia proporcionó apoyo diplomático a los serbios, y Arabia Saudí, Turquía, Irán y Libia aportaron dinero y armas a los bosnios, no por razones ideológicas, de política de influencia o de interés económico, sino debido a su parentesco cultural. «Los conflictos culturales —ha observado Vaclav Havel— van en aumento y son más peligrosos hoy que en cualquier otro momento de la historia», y Jacques Delors coincidía en que «los futuros conflictos estarán provocados por factores culturales, más que económicos o ideológicos».³ Y los conflictos culturales más peligrosos son los que se producen a lo largo de las líneas divisorias existentes entre las civilizaciones.

En el mundo de la posguerra fría, la cultura es a la vez una fuerza divisiva y unificadora. Gentes separadas por la ideología pero unidas por la cultura se juntan, como hicieron las dos Alemanias y como están comenzando a hacer las dos Coreas y las diversas Chinas. Las sociedades unidas por la ideología o las circunstancias históricas, pero divididas por la civilización, o se deshacen (como la Unión Soviética, Yugoslavia y Bosnia) o están sometidas a una gran tensión, como es el caso de Ucrania, Nigeria, Sudán, India, Sri Lanka y muchas otras. Los países con afinidades culturales colaboran económica y políticamente. Las organizaciones internacionales formadas por Estados culturalmente coincidentes, tales como la Unión Europea, tienen mucho más éxito que las que intentan ir más allá de las culturas. Durante cuarenta y cinco años, el telón de acero fue la línea de fractura fundamental en Europa. Esa línea se ha desplazado varios cientos de kilómetros hacia el este. Ahora es la línea que separa a los pueblos cristianos occidentales, por un lado, de los pueblos musulmanes y ortodoxos, por el otro. Durante la guerra fría, países culturalmente pertenecientes a Occidente, como Austria, Suecia y Finlandia, tuvieron que ser neutrales y quedar separados de Occidente. En la nueva era, se están agregando a sus parientes culturales en la Unión Europea, y Polonia, Hungría y la República Checa siguen su ejemplo.

Los presupuestos filosóficos, valores subyacentes, relaciones sociales, costumbres y puntos de vista globales sobre la vida varían de forma significativa de una civilización a otra. La revitalización de la religión en gran parte del mundo está reforzando estas diferencias culturales. Las culturas pueden cambiar, y la naturaleza de su influencia en la política y la economía puede variar de un período a otro. Sin embargo, las diferencias importantes entre civilizaciones en materia de desarrollo político y económico están claramente enraizadas en sus diferentes culturas. El éxito económico del

Occidente y el resto del mundo: 1920



Gobernados por Occidente

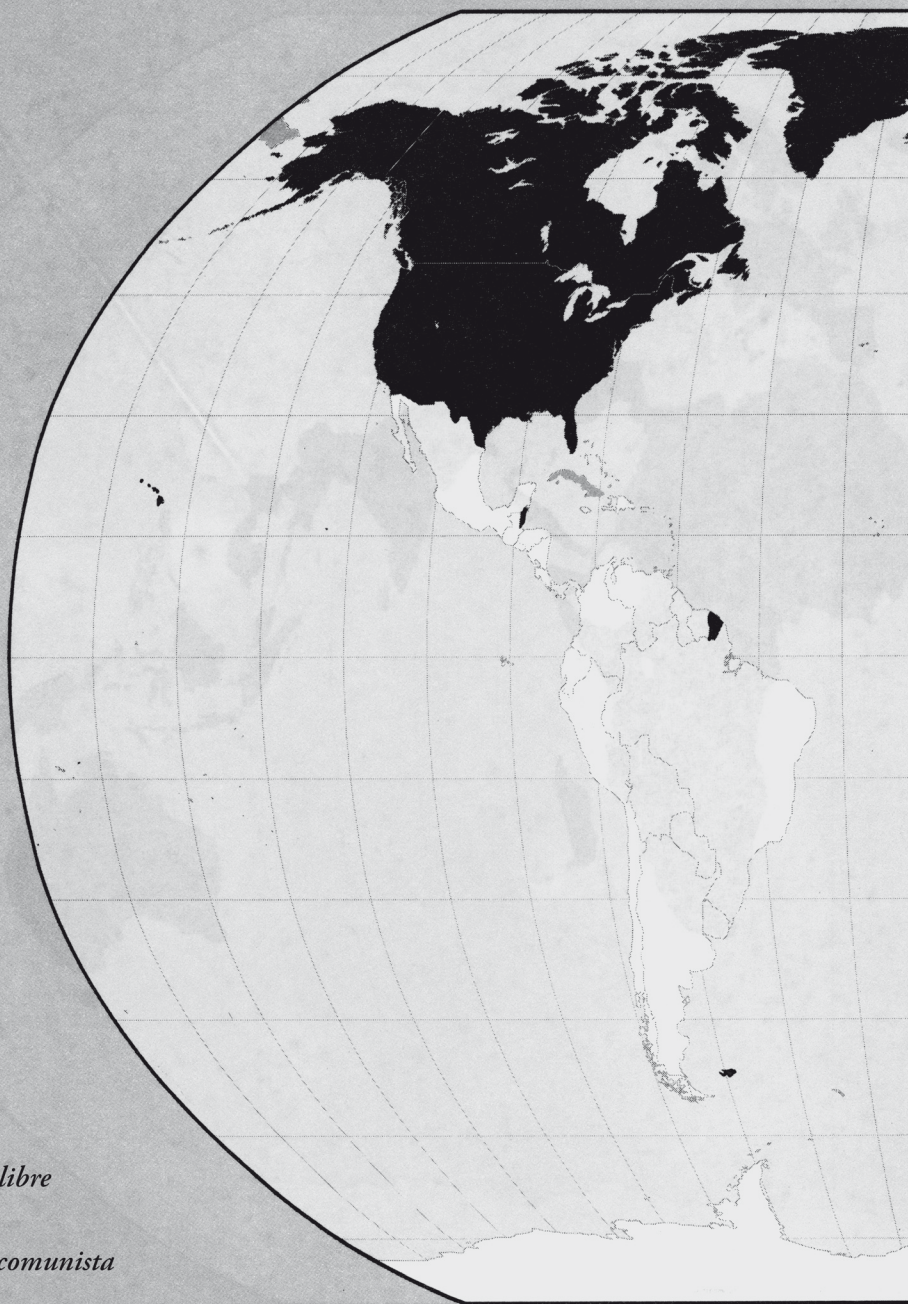


Real o nominalmente independientes de Occidente



Mapa 1.1

El mundo de la guerra fría: la década de 1960



Mundo libre



Bloque comunista

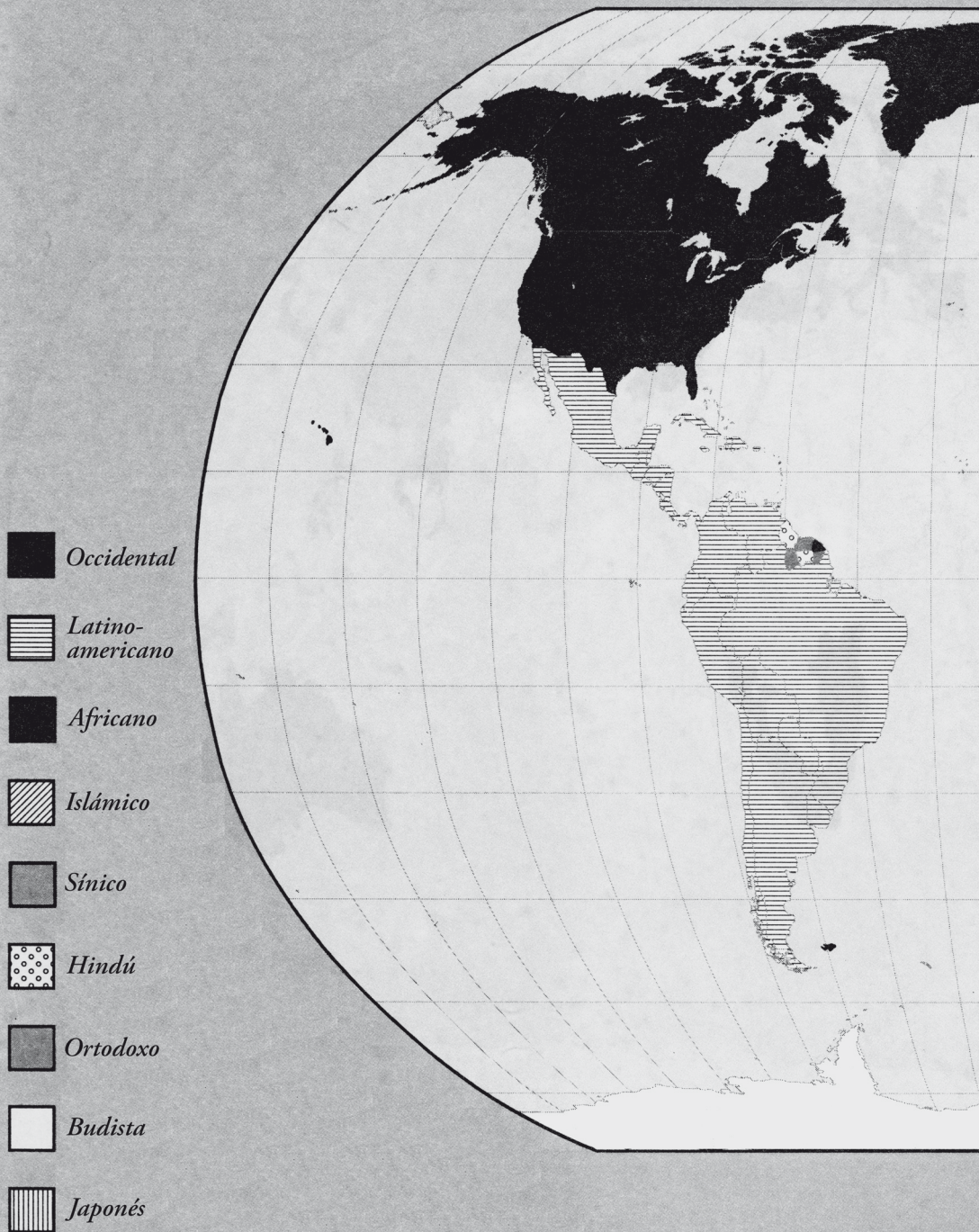


Estados no alineados



Mapa 1.2

El mundo de civilizaciones: después de 1990





Mapa 1.3

este de Asia se origina en la cultura del este asiático, lo mismo que las dificultades que los países de esa parte del mundo han tenido para alcanzar sistemas políticos democráticos y estables. La cultura islámica explica en gran medida la incapacidad de la democracia para abrirse paso en buena parte del mundo musulmán. Las nuevas circunstancias de las sociedades poscomunistas de Europa Oriental y de la antigua Unión Soviética están configuradas por su identidad, marcada a su vez por una civilización. Las que cuentan con herencias cristianas occidentales están progresando hacia el desarrollo económico y una política democrática; las perspectivas de avance económico y político en los países ortodoxos son inciertas; en las repúblicas musulmanas, dichas perspectivas no son nada prometedoras.

Occidente es y seguirá siendo en los años venideros la civilización más poderosa. Sin embargo, su poder está declinando con respecto al de otras civilizaciones. Mientras Occidente intenta afirmar sus valores y defender sus intereses, las sociedades no occidentales han de elegir. Unas intentan emular a Occidente y unirse a él o «subirse a su carro». Otras sociedades, confucianas e islámicas, intentan expandir su propio poder económico y militar para resistir a Occidente y «hacer de contrapeso» frente a él. Así, un eje fundamental del mundo de la posguerra fría es la interacción del poder y la cultura occidentales con el poder y la cultura de las civilizaciones no occidentales.

En resumen, el mundo de la posguerra fría es un mundo con siete u ocho grandes civilizaciones. Las coincidencias y diferencias culturales configuran los intereses, antagonismos y asociaciones de los Estados. Los países más importantes del mundo proceden en su gran mayoría de civilizaciones diferentes. Los conflictos locales con mayores probabilidades de convertirse en guerras más amplias son los existentes entre grupos y Estados procedentes de civilizaciones diferentes. Los modelos predominantes de desarrollo político y económico difieren de una civilización a otra. Las cuestiones clave de la agenda internacional conllevan diferencias entre civilizaciones. El poder se está desplazando, de Occidente, predominante durante largo tiempo, a las civilizaciones no occidentales. La política global se ha vuelto multipolar y multicivilizacional.

¿OTROS MUNDOS?

Mapas y paradigmas. Esta imagen de la política global de la posguerra fría, configurada por factores culturales y que supone interacciones de Estados y grupos procedentes de civilizaciones diferentes, resulta muy simplificada. Omite muchas cosas, distorsiona algunas y oscurece otras. Sin embargo, si queremos reflexionar seriamente sobre el mundo, y actuar

eficazmente en él, necesitamos una especie de mapa simplificado de la realidad, una teoría, concepto, modelo o paradigma. Sin tales elaboraciones intelectuales, sólo hay, como dijo William James, «una floreciente confusión de zumbidos». El progreso intelectual y científico, como demostró Thomas Kuhn, en su obra clásica *La estructura de las revoluciones científicas*, consiste en la sustitución de un paradigma, que ha ido perdiendo poco a poco capacidad para explicar hechos nuevos o descubiertos recientemente, por un nuevo paradigma que da cuenta de tales hechos de forma más satisfactoria. «Para ser aceptada como paradigma —escribió Kuhn—, una teoría debe parecer mejor que sus rivales, pero no es preciso que explique, y de hecho nunca lo hace, todos los hechos con los que se puede confrontar.»⁴ «Encontrar el camino en un territorio desconocido —escribió también acertadamente John Lewis Gaddis— exige por lo general un mapa de algún tipo. La cartografía, como la cognición misma, es una simplificación necesaria que nos permite ver dónde estamos, y hacia dónde nos dirigimos.» La imagen, propia de la guerra fría, de la rivalidad entre superpotencias fue, como señala este autor, un modelo de este tipo, formulado primeramente por Harry Truman como «un ejercicio de cartografía geopolítica que representaba el panorama internacional en términos que todo el mundo podía entender, preparando con ello el camino a la compleja estrategia de contención que pronto iba a seguir». Las cosmovisiones y las teorías causales son guías indispensables para la política internacional.⁵

Durante cuarenta años, los estudiosos y practicantes de las relaciones internacionales pensaron y actuaron partiendo de esta imagen sumamente simplificada, pero muy útil, de la situación mundial, el paradigma de la guerra fría. Dicho paradigma no podía dar cuenta de todo lo que acontecía en la política mundial. Había muchas anomalías, por usar el término de Kuhn, y a veces el paradigma cegaba a los investigadores y estadistas ante acontecimientos importantes, tales como la ruptura chino-soviética. Sin embargo, como modelo simple de la política global, daba razón de más fenómenos importantes que ninguna de sus rivales, era un punto de partida esencial para pensar sobre los asuntos internacionales, llegó a ser casi universalmente aceptada y configuró el pensamiento acerca de la política mundial durante dos generaciones.

Los mapas o paradigmas simplificados son indispensables para el pensamiento y la acción humanos. Por un lado, podemos formular explícitamente tales teorías o modelos y usarlos conscientemente para orientar nuestra conducta. Por otro lado, podemos negar la necesidad de tales guías y suponer que sólo actuaremos partiendo de hechos «objetivos» concretos, considerando cada caso «según sus méritos». Pero si creemos tal cosa nos engañamos, pues en lo más recóndito de nuestras mentes se ocultan supues-

tos, predisposiciones y prejuicios que determinan el modo en que percibimos la realidad, en qué hechos nos fijamos y cómo juzgamos su importancia y valor. Necesitamos modelos explícitos o implícitos a fin de poder:

1. ordenar la realidad y hacer generalizaciones acerca de ella;
2. entender las relaciones causales entre fenómenos;
3. prever y, si tenemos suerte, predecir acontecimientos futuros;
4. distinguir lo que es importante de lo que no lo es; e
5. indicarnos qué pasos debemos dar para lograr nuestros objetivos.

Cada modelo o mapa es una abstracción y será más útil para unos fines que para otros. Un mapa de carreteras nos indica cómo llegar con un coche de A a B, pero no será muy útil si estamos pilotando un avión; en este caso necesitaremos un mapa que destaque los aeródromos, radiofaros, rutas aéreas y la topografía. Pero, sin mapa estaremos perdidos. Cuanto más detallado es un mapa, más exactamente reflejará la realidad. Sin embargo, para muchos propósitos un mapa sumamente detallado no será útil. Si deseamos ir de una gran ciudad a otra por una importante autopista, no necesitamos, y hasta puede resultarnos confuso, un mapa que incluya mucha información no relacionada con el transporte por carretera y en el que las autopistas importantes estén perdidas en una masa compleja de carreteras secundarias. Un mapa, por otra parte, que contuviera sólo una autopista omitiría gran parte de la realidad y limitaría nuestra capacidad para encontrar rutas alternativas si dicha autopista estuviera cortada por un accidente grave. Dicho brevemente, necesitamos un mapa que represente la realidad y al mismo tiempo la simplifique de la forma que mejor se ajuste a nuestros propósitos. Al final de la guerra fría, se propusieron varios mapas o paradigmas de la política mundial.

Un solo mundo: euforia y armonía. Un paradigma profusamente formulado se basaba en la suposición de que el final de la guerra fría significaba el final de todo conflicto importante en la política global y el comienzo de un mundo relativamente armonioso. De este modelo, la formulación más analizada fue la tesis del «final de la historia», propuesta por Francis Fukuyama.* «Puede que estemos asistiendo —sostenía Fukuyama— al final de la historia como tal: esto es, al punto final de la evolución ideológica del género humano y a la universalización de la democracia liberal occidental como forma de gobierno humano definitiva.» Desde luego, decía, se pueden dar algunos conflictos en lugares del Tercer Mundo, pero el conflicto a escala

* En el capítulo 3 se analiza un argumento paralelo basado, no en el final de la guerra fría, sino en tendencias económicas y sociales que, a largo plazo, producirían una «civilización universal».

planetaria ha terminado, y no sólo en Europa. «Es precisamente en el mundo no europeo» donde han tenido lugar los grandes cambios, particularmente en China y la Unión Soviética. La guerra de ideas ha terminado. Puede que todavía existan adeptos del marxismo-leninismo «en lugares como Managua, Pyongyang y Cambridge, Massachusetts», pero en conjunto la democracia liberal ha triunfado. El futuro no se consagrará a grandes y estimulantes luchas sobre ideas, sino más bien a resolver problemas económicos y técnicos triviales. Y con cierta tristeza concluía: todo será bastante aburrido.⁶

Las expectativas de armonía eran ampliamente compartidas. Los líderes políticos e intelectuales exponían perspectivas parecidas. El muro de Berlín había caído, los regímenes comunistas se habían derrumbado, las Naciones Unidas iban a asumir una importancia nueva, los antiguos rivales de la guerra fría entraban en una «asociación» y un «gran pacto», el mantenimiento y la construcción de la paz estaban a la orden del día. El presidente del país más importante del mundo proclamó el «nuevo orden mundial»; el rector de la que quizá sea la universidad más importante del mundo vetó el nombramiento de un profesor de estudios sobre seguridad porque su necesidad había desaparecido: «¡Aleluya! Ya no estudiamos la guerra, porque ya no hay guerra».

El momento de euforia al final de la guerra fría produjo un espejismo de armonía que pronto se reveló justamente eso: un espejismo. A principios de la década de 1990, el mundo se modificó, pero no se hizo necesariamente más pacífico. El cambio era inevitable; el progreso no. Espejismos de armonía parecidos florecieron, de forma efímera, al final de cada uno de los demás conflictos importantes del siglo XX. La primera guerra mundial fue la «guerra que acabaría con las guerras» y haría un mundo seguro para la democracia. La segunda guerra mundial, como dijo Franklin Roosevelt, «pondría fin al sistema de acción unilateral, las alianzas exclusivas, los equilibrios de poder y todos los demás expedientes a los que se ha recurrido durante siglos... y que siempre han fallado». En vez de eso íbamos a contar con una «organización universal» de «naciones amantes de la paz» y con una «estructura permanente de paz» en ciernes.⁷ Sin embargo, la primera guerra mundial generó comunismo, fascismo y la inversión de una tendencia, con un siglo de existencia, hacia la democracia. La segunda guerra mundial produjo una guerra fría que fue verdaderamente mundial. El espejismo de armonía producido al final de dicha guerra fría pronto se disipó con la multiplicación de los conflictos étnicos y «la limpieza étnica», el quebrantamiento de la ley y el orden, la aparición de nuevos modelos de alianza y conflicto entre Estados, el resurgimiento de movimientos neocomunistas y neofascistas, la intensificación del fundamentalismo religioso, el final de la «diplomacia de sonrisas» y la «política de síes» en las relaciones de Rusia con Occidente, la incapacidad de las Naciones Unidas y los Estados Unidos para acabar

con sangrientos conflictos locales, y el carácter cada vez más reafirmativo de una China en alza. En los cinco años que siguieron a la caída del muro de Berlín, la palabra «genocidio» se escuchó mucho más a menudo que en cinco años cualesquiera de la guerra fría. Resulta claro que el paradigma de un solo mundo armonioso está demasiado alejado de la realidad para ser una guía útil en el mundo de la posguerra fría.

Dos mundos: nosotros y ellos. Mientras que las expectativas de un solo mundo aparecen al final de los grandes conflictos, la tendencia a pensar partiendo de la existencia de dos mundos es recurrente a lo largo de la historia humana. La gente siempre ha sentido la tentación de dividir a las personas en nosotros y ellos, en el grupo propio y los demás, nuestra civilización y esos bárbaros. Los investigadores han analizado el mundo partiendo de los binomios Oriente y Occidente, norte y sur, centro y periferia. Tradicionalmente, los musulmanes han dividido el mundo en *Dar al-islam* y *Dar al-Harb*, tierra de paz y tierra de guerra. Al final de la guerra fría esta distinción, aunque con sentido inverso, encontraba eco en los estudiosos estadounidenses, que dividían el mundo en «zonas de paz» y «zonas de desorden». Las primeras incluían Occidente y Japón, con aproximadamente el 15 % de la población mundial; las segundas, el resto del mundo.⁸

Dependiendo de cómo se definan las partes, una imagen bipartita del mundo puede corresponder en alguna medida a la realidad. La división más común, que aparece con diversas denominaciones, es la establecida entre países ricos (modernos, desarrollados) y países pobres (tradicionales, subdesarrollados o en vías de desarrollo). En correlación histórica con esta división económica está la división cultural entre Occidente y Oriente, donde el énfasis no está tanto en las diferencias de bienestar económico, cuanto en las diferencias de filosofía, valores y forma de vida subyacentes.⁹ Cada una de estas imágenes refleja algunos elementos de la realidad, pero también tiene limitaciones. Los países ricos y modernos tienen en común características que los diferencian de los países pobres y tradicionales, quienes, a su vez, también comparten ciertas características. Las diferencias de riqueza pueden llevar a conflictos entre sociedades, pero los datos indican que esto sucede principalmente cuando las sociedades ricas y más poderosas intentan conquistar y colonizar sociedades pobres y más tradicionales. Occidente hizo tal cosa durante cuatrocientos años, hasta que algunas de las colonias se rebelaron y emprendieron guerras de liberación contra las potencias coloniales, que posiblemente habían perdido el afán de ser imperio. En el mundo actual, la descolonización ya ha tenido lugar y las guerras coloniales de liberación han sido sustituidas por conflictos entre los pueblos liberados.

En un plano más general, los conflictos entre ricos y pobres son improbables porque, salvo en circunstancias especiales, los países pobres carecen

de la unidad política, poder económico y capacidad militar para enfrentarse a los países ricos. En Asia y Latinoamérica, el desarrollo económico está desdibujando la dicotomía simple de adinerados e indigentes. Los Estados ricos pueden mantener guerras comerciales entre sí; los Estados pobres pueden mantener guerras violentas entre sí; pero una guerra internacional de clases entre el sur pobre y el norte rico está casi tan lejos de la realidad como un único mundo armonioso y feliz.

La bifurcación cultural de la división del mundo es menos útil todavía. En cierto sentido, Occidente es una entidad. Sin embargo, ¿qué tienen en común las sociedades no occidentales, aparte del hecho de no ser occidentales? Las civilizaciones japonesa, china, hindú, musulmana y africana comparten poco desde el punto de vista de la religión, la estructura social, las instituciones y los valores predominantes. La unidad de lo que no es Occidente y la dicotomía Oriente-Occidente son mitos creados por Occidente. Dichos mitos tienen los defectos del orientalismo que Edward Said criticaba acertadamente porque promovían «la diferencia entre lo familiar (Europa, el Oeste, «nosotros») y lo extraño (Oriente, el Este, «ellos»)» y porque daba por sentada la superioridad intrínseca de lo primero sobre lo segundo.¹⁰ Durante la guerra fría, el mundo estaba, en buena medida, polarizado según un aspecto ideológico. Sin embargo, no hay un espectro de posibilidades culturales. La polarización cultural de «Oriente» y «Occidente» es, en parte, una consecuencia más de la práctica universal, pero desafortunada, de llamar a la civilización europea «civilización occidental». En lugar de «Oriente y Occidente», es más apropiado hablar de «Occidente y el resto del mundo», lo que al menos implica la existencia de muchos no-Occidentales. Para la mayoría de los propósitos, el mundo es demasiado complejo para que resulte útil considerarlo simplemente dividido económicamente entre norte y sur, o culturalmente entre este y oeste.

Ciento ochenta y cuatro Estados, más o menos. Un tercer mapa del mundo posterior a la guerra fría procede de lo que a menudo se llama la teoría «realista» de las relaciones internacionales. Según dicha teoría, los Estados son los actores principales (en realidad los únicos importantes) en los asuntos mundiales, la relación entre Estados es de anarquía y, por tanto, para asegurar su supervivencia y seguridad, los Estados intentan invariablemente maximizar su poder al máximo. Si un Estado ve que otro incrementa su poder y con ello se convierte en una amenaza potencial, intenta proteger su propia seguridad reforzando su poder y/o aliándose con otros Estados. Los intereses y actuaciones de más o menos 184 Estados del mundo de posguerra fría se pueden predecir a partir de estos supuestos.¹¹

Esta imagen «realista» del mundo es un punto de partida sumamente útil para analizar asuntos internacionales y explica gran parte de la conducta de los Estados. Éstos son y seguirán siendo las entidades dominantes en los

asuntos mundiales. Mantienen ejércitos, dirigen la diplomacia, negocian tratados, hacen guerras, controlan las organizaciones internacionales, influyen y, en una medida considerable, configuran la producción y el comercio. Los gobiernos de los Estados dan prioridad a garantizar la seguridad exterior de sus Estados (aunque a menudo puedan dar más prioridad a garantizar su seguridad como gobierno frente a amenazas internas). En conjunto, este paradigma estatista proporciona una imagen y una guía más realista de la política global que los paradigmas de uno o dos mundos.

Sin embargo, también tiene serias limitaciones.

Supone que todos los Estados ven sus intereses del mismo modo y actúan de la misma manera. Su simple suposición de que el poder lo es todo constituye un punto de partida para comprender el comportamiento de los Estados, pero no nos lleva muy lejos. Los Estados definen sus intereses en función del poder, pero también en función de muchas otras cosas. Por supuesto, los Estados a menudo intentan contrapesar el poder, pero si eso fuera todo lo que hacen, los países europeos occidentales se habrían coaligado con la Unión Soviética contra los Estados Unidos a finales de la década de 1940. Los Estados reaccionan principalmente ante las amenazas que perciben, y los Estados europeos occidentales veían entonces una amenaza política, ideológica y militar procedente del este. Veían sus intereses de un modo que la teoría realista clásica hubiera sido incapaz de predecir. Los valores, la cultura y las instituciones influyen de forma generalizada en el modo en que los Estados definen sus intereses. Dichos intereses, además, quedan configurados, no sólo por sus valores e instituciones nacionales, sino por normas e instituciones internacionales. Por encima y más allá de su inquietud principal por la seguridad, los diferentes tipos de Estado definen sus intereses de maneras diferentes. Los Estados con culturas e instituciones semejantes verán intereses comunes. Los Estados democráticos tienen puntos en común con otros Estados democráticos y, por tanto, no luchan entre sí. Canadá no tiene que aliarse con otra potencia para impedir su invasión por parte de los Estados Unidos.

En un nivel básico, los presupuestos del paradigma estatista han sido válidos a lo largo de la historia. Por eso no nos ayudan a entender el modo en que la política global de la posguerra fría se aparta de la política global seguida durante la guerra fría y antes de ella. Sin embargo, está claro que hay diferencias, y que la forma en que los Estados persiguen sus intereses cambia de un período histórico a otro. En el mundo de la posguerra fría, los Estados definen sus intereses cada vez más desde la perspectiva civilizacional. Cooperan y se alían con Estados de cultura común o semejante y entran más a menudo en conflicto con países de cultura diferente. Los Estados definen las amenazas en función de las intenciones de otros Estados, y dichas intenciones y el modo en que se advierten están profundamente configu-

radas por consideraciones culturales. Es poco probable que las sociedades y los estadistas vean surgir amenazas de un pueblo al que creen entender y en el que creen poder confiar porque comparte con ellos lengua, religión, valores, instituciones y cultura. Es mucho más probable que vean amenazas procedentes de Estados cuyas sociedades tienen culturas diferentes y a las que, por tanto, ni entienden ni creen dignas de su confianza. Ahora que una Unión Soviética marxista-leninista ya no supone una amenaza para el mundo libre, y los Estados Unidos ya no suponen una amenaza opuesta para el mundo comunista, los países de ambos mundos cada vez ven más las amenazas procedentes de sociedades culturalmente diferentes.

Aunque los Estados siguen siendo los actores básicos de los asuntos mundiales, también sufren pérdidas de soberanía, de funciones y de poder. Actualmente, las instituciones internacionales afirman su derecho a juzgar y a restringir la actuación de los Estados en su propio territorio. En algunos casos, sobre todo en Europa, las instituciones internacionales han asumido importantes funciones anteriormente desempeñadas por los Estados y se han creado poderosas burocracias internacionales cuya actividad afecta directamente a cada uno de los ciudadanos. A escala planetaria ha habido una tendencia favorable a que las administraciones de los Estados pierdan poder también delegándolo en entidades políticas subestatales, regionales, provinciales y locales. En muchos Estados, entre ellos los del mundo desarrollado, existen movimientos regionales que promueven una autonomía importante o la secesión. Las administraciones de los Estados han perdido en buena medida la capacidad de controlar la corriente de dinero que entra y sale de su país y cada vez tienen mayor dificultad en controlar los movimientos de ideas, tecnología, bienes y personas. Las fronteras estatales, dicho brevemente, se han ido haciendo cada vez más permeables. Todos estos hechos han llevado a muchos a ver el final gradual del Estado de perfiles netos, del conocido como «bola de billar», que supuestamente ha sido la norma desde el Tratado de Westfalia de 1648,¹² y el nacimiento de un orden internacional variado, complejo, de múltiples estratos, que guarda semejanzas más estrechas con el de la época medieval.

Puro caos. El debilitamiento de los Estados y la aparición de «Estados frustrados» contribuyen a una cuarta imagen de un mundo en situación de anarquía. Este paradigma subraya: la quiebra de la autoridad gubernamental; la desintegración de los Estados; la intensificación de los conflictos tribales, étnicos y religiosos; la aparición de mafias criminales de ámbito internacional; el aumento del número de refugiados en decenas de millones; la proliferación de armas nucleares y de otras armas de destrucción masiva; la difusión del terrorismo; la frecuencia de las masacres y de la limpieza étnica. Esta imagen de un mundo caótico quedaba expresada y sintetizada de forma convincente en los títulos de dos obras penetrantes publicadas en

1993: *Out of Control*, de Zbigniew Brzezinski, y *Pandaemonium*, de Daniel Patrick Moynihan.¹³

Lo mismo que el paradigma de los Estados, el del caos está próximo a la realidad. Ofrece una imagen gráfica y exacta de gran parte de lo que está sucediendo en el mundo y, a diferencia del paradigma de los Estados, destaca los cambios significativos que han tenido lugar en la política global con el final de la guerra fría. A principios de 1993, por ejemplo, se estimaba que en todo el mundo se libraban 48 guerras étnicas, y en la antigua Unión Soviética existían 164 «conflictos y reivindicaciones étnico-territoriales con relación a las fronteras», de los cuales 30 habían supuesto algún tipo de enfrentamiento armado.¹⁴ Sin embargo, este paradigma, más aún que el de los Estados, tiene la limitación de estar demasiado pegado a la realidad. El mundo puede ser un caos, pero no carece totalmente de orden. Una imagen de anarquía universal e indiferenciada da pocas pistas para entender el mundo, para ordenar los acontecimientos y evaluar su importancia, para predecir tendencias en la anarquía, para distinguir entre tipos de caos y sus causas y consecuencias posiblemente diferentes, y para elaborar orientaciones para los decisores gubernamentales.

COMPARANDO MUNDOS: REALISMO, PARSIMONIA Y PREDICCIONES

Cada uno de estos cuatro paradigmas ofrece una combinación algo diferente de realismo y parsimonia. Sin embargo, cada uno tiene sus deficiencias y limitaciones. Cabe pensar que éstas pudieran quedar paliadas por la combinación de paradigmas y la declaración, por ejemplo, de que el mundo está inmerso en procesos simultáneos de fragmentación e integración.¹⁵ Ambas tendencias existen, sin duda, y un modelo más complejo se aproximará a la realidad con mayor exactitud que uno más simple. Sin embargo, esto sacrifica la parsimonia en aras del realismo y, si se lleva muy lejos, conduce al rechazo de todos los paradigmas o teorías. Además, al abarcar dos tendencias simultáneas y opuestas, el modelo de fragmentación-integración es incapaz de explicar en qué circunstancias prevalecerá una tendencia y en qué circunstancias la otra. Lo difícil es elaborar un paradigma que dé razón de los sucesos más cruciales y proporcione una comprensión de las tendencias de manera más satisfactoria que otros paradigmas con un grado similar de abstracción intelectual.

Además, estos cuatro paradigmas son incompatibles entre sí. El mundo no puede a la vez ser uno y estar fundamentalmente dividido entre este y oeste o norte y sur. Ni puede el Estado nacional ser la piedra angular de los asuntos internacionales si está en proceso de fragmentación y desgarrado por la proliferación de contiendas civiles. El mundo es o 1 o 2 o 184 Esta-

dos, o un número potencialmente casi infinito de tribus, grupos étnicos y nacionalidades.

Ver el mundo desde la perspectiva de siete u ocho civilizaciones evita muchas de estas dificultades. No sacrifica la realidad a la parsimonia, como hacen los paradigmas de uno y de dos mundos; pero tampoco sacrifica la parsimonia a la realidad como hacen los paradigmas estatista y del caos. Proporciona una estructura conceptual fácilmente aprehensible e inteligible para comprender el mundo, distinguir lo importante de lo trivial entre los conflictos cada vez más numerosos, predecir acontecimientos futuros y proporcionar orientaciones a los decisores políticos. Además añade e incorpora elementos de los demás paradigmas. Es más compatible con ellos de lo que éstos son entre sí. Una aproximación desde la óptica de las civilizaciones, por ejemplo, sostiene que:

- Las fuerzas de integración presentes en el mundo son reales y son precisamente las que están generando fuerzas opuestas de afirmación cultural y conciencia civilizatoria.
- El mundo es en cierto modo dual, pero la distinción principal es la que se hace entre Occidente, como civilización dominante hasta ahora, y todas las demás, que, sin embargo, tienen poco en común entre ellas, por no decir nada. El mundo, dicho brevemente, se divide en un mundo occidental y muchos no occidentales.
- Los Estados eran y seguirán siendo los actores más importantes en los asuntos mundiales, pero sus intereses, asociaciones y conflictos están cada vez más configurados por factores culturales y civilizatorios.
- El mundo es ciertamente anárquico, está plagado de conflictos tribales y de nacionalidad, pero los conflictos que plantean mayores peligros para la estabilidad son los que surgen entre Estados o grupos procedentes de civilizaciones diferentes.

Así las cosas, una aproximación desde el punto de vista de las civilizaciones presenta un mapa relativamente simple, pero no demasiado simple, para entender lo que está pasando en el mundo. Proporciona una base para distinguir lo que es importante de lo que no lo es tanto. Algo menos de la mitad de los 48 conflictos étnicos en curso en el mundo a principios de 1993, por ejemplo, tenían como protagonistas a grupos procedentes de civilizaciones diferentes. La perspectiva civilizatoria llevaría al secretario general de la ONU y al secretario de Estado de los Estados Unidos a concentrar sus esfuerzos pacificadores en aquellos conflictos que tengan muchas más posibilidades de escalar y convertirse en conflictos más amplios.

Los paradigmas, además, generan predicciones, y una prueba determinante de la validez y utilidad de un paradigma es la medida en que las

predicciones derivadas de él resultan ser más exactas que las derivadas de paradigmas alternativos. Un paradigma estatista, por ejemplo, lleva a John Mearsheimer a predecir que «la situación entre Ucrania y Rusia se presta a que surja una rivalidad entre ellas en materia de seguridad. Las grandes potencias que comparten una frontera común vasta y desprotegida, como es el caso de Rusia y Ucrania, a menudo recurren a una rivalidad impulsada por temores relacionados con la seguridad. Rusia y Ucrania podrían superar esta dinámica y aprender a vivir juntas en armonía, pero sería inusitado si lo hicieran».¹⁶ Una aproximación desde la perspectiva de la civilización, en cambio, insiste en los estrechos vínculos culturales, personales e históricos entre Rusia y Ucrania y el entrecruzamiento de rusos y ucranianos en ambos países, y se centra en la línea de fractura de civilización que separa la Ucrania oriental ortodoxa de la Ucrania occidental uniata, hecho histórico fundamental ya viejo que Mearsheimer, al atenerse al concepto «realista» de los Estados como entidades unificadas e iguales, ignora totalmente. Mientras una aproximación estatista destaca la posibilidad de una guerra ruso-ucraniana, una aproximación desde el punto de vista de la civilización la minimiza y subraya, en cambio, la posibilidad de que Ucrania se divida en dos, separación que, atendiendo a los factores culturales, podríamos predecir que sería más violenta que la de Checoslovaquia, pero mucho menos sangrienta que la de Yugoslavia. Estas diferentes predicciones, a su vez, generan diferentes prioridades políticas. La predicción estatista de Mearsheimer de una posible guerra y conquista de Ucrania por parte de Rusia le lleva a apoyar que Ucrania cuente con armas nucleares. Una aproximación desde el punto de vista civilizatorio estimularía la cooperación entre Rusia y Ucrania, instaría a Ucrania a renunciar a sus armas nucleares, promovería una asistencia económica importante y otras medidas para ayudar a mantener la unidad e independencia ucraniana y patrocinaría un plan de emergencia para la posible desintegración de Ucrania.

Muchos hechos importantes ocurridos tras el final de la guerra fría eran compatibles con el paradigma civilizatorio y podrían haber sido predichos desde él. Entre ellos cabe señalar: la desintegración de la Unión Soviética y Yugoslavia, las guerras en curso en sus antiguos territorios, el aumento del fundamentalismo religioso por todo el mundo, las contiendas dentro de Rusia, Turquía y México acerca de su identidad, la intensidad de los conflictos comerciales entre los Estados Unidos y Japón, la resistencia de los Estados islámicos a la presión occidental sobre Irak y Libia, los esfuerzos de Estados islámicos y confucianos por adquirir armas nucleares y vectores de lanzamiento, el papel continuado de China como gran potencia «independiente», la consolidación de nuevos regímenes democráticos en unos países y no en otros, y la creciente carrera de armamentos en el este de Asia.